La horma de su zapato
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Don Pedro Igarsabal era lo que se suele dar en llamar un hombre extravagante. Sus extravagancias, que corrían de boca en boca, no se caracterizaban ni por lo ingeniosas, ni por lo oportunas, ni por el respeto a las reglas de la convivencia socal, que impiden ir más allá de cierto límite cuando tomamos a los demás como blanco de nuestras invectivas. Un gusto poco delicado, que a menudo degeneraba en mal gusto y un carácter voluntarioso completaban sus rasgos salientes. Cierta vez, en una fiesta campestre, en que los concurrentes permanecían en mangas de camisa por el excesivo calor que hacía, tomó de sobre tina mesa un cuchillo de cocina, y volviéndose hacia un señor que se hallaba sentado a su lado, lo cogió por uno de los pliegues del abdomen, que desbordaban de la camiseta, y mientras lo zamarreaba de lo lindo y le pasaba por allí el cuchillo, le decía con su vozarrón de "Enano de la Venta". A menos mondongo, menos calor. Permitame que se lo suprima". La costumbre de hacerse el gusto en cuanto le placía, tolerada y hasta aplaudida a veces por el círculo de vividores y adulones que lo rodeaba, le creó sin embargo más de una situación embarazosa, para salir de las cuales tuvo que recurrir a la ayuda de extraños. Ni los años, ni los disgustos que le acarreaban dichas situaciones, ni la espectabilidad conquistada, lo despojaron de esa modalidad. Gozar ridiculizando a los otros, era para él una especie de tabú, observado en cuanta ocasión se le presentaba, sin tener para nada en cuenta la delicadeza y el decoro de los demás. Ya en la cumbre de su espectabilidad y de sus años produjo la nota más alta de cuantas lo singularizaron: durante un tedéum en la Iglesia Metropolitana, al cual había concurrido toda la plana mayor del

Gobierno en razón de tratarse de una festividad patria, ocupaba uno de los asientos delanteros, lo que le correspondía no sólo en razón del cargo que desempeñaba sino también porque figuraba entre los principales contribuyentes cuando la iglesia necesitaba del aporte de sus fieles para realizar alguna obra de importancia. Ministros, senadores, militares de alta graduación y demás empleados públicos, ocupaban los asientos inmediatos. Algo retrasada, recargada de joyas y con un aspecto de fragata engalanada, entró una dama, abriéndose paso dificultosamente, pues la iglesia estaba llena de bote a bote. Se dirigía a un reclinatorio situado delante del asiento de Igarsabal. Debía ser la esposa de algún alto funcionario, pues de otro modo no se le hubiera reservado asiento tan principal.

- ¿Me da paso, señor? - le dijo cuando llegó a él.

- ¡Volá! - fue la respuesta.

-Por favor, señor.

-¡Volá! ¡Volá!

Un general que ocupaba un asiento vecino y que oyó el cambio de palabras habido, se levantó y retirando su silla cortesmente hizo pasar a la dama, quien dirigiéndose a Igarsabal, le espetó: -¡Guarango! El militar hizo una señal de inteligencia a un oficial que vestido de particular vigilaba no lejos, indicando disimuladamente a Igarsabal. Cuando éste salió a la calle, una vez terminado el tedéum, el oficial, que se le había anticipado, le dio orden de arresto. Sin inmutarse en lo más mínimo, le enseñó su medalla de senador, pendiente de la gruesa cadena de oro que sujetaba su reloj. El oficial, saludando respetuosamente, lo dejó pasar.

¿Cómo logró conquistar tan alta posición? No la conquistó: se la dieron. La tuvo de sus amigos, mejor dicho del Mborubichá (caudillo) que en el departamento en que se hallaban radicados, era el jefe reconocido del partido político a que ambos pertenecían. De esta manera el aludido obtenía una doble ventaja: delegar en otros con el cargo, todas las molestias que traía aparejadas -pedidos y reclamaciones que nunca terminaban-, y conservar sus manos libres, y disponer de todo su tiempo, para ocuparse de su negocio, que no era el de la política, sino el del contrabando ejercido en gran escala, el que consistía en introducir mercaderías de todas clases, del Uruguay, que colocaba después ventajosamente en esta plaza.

En compensación del honor que significaba su alta investidura, Igarsabal gestionaba en Buenos Aires, en donde contaba con muy buenas relaciones, empleos para los correligionarios, pues siempre se producían vacantes que llenar. Figuraba además en primera línea entre los que costeaban los gastos ocasionados por las campañas políticas que de tanto en tanto se realizaban.

Demás está decir que de su estancia procedían, en su mayor número, las reses para la carne con cuero que tales campañas exigían.

Estos gastos no le hacían mella, pues poseía una cuantiosa fortuna, consistente en varias casas de renta en Buenos Aires y su gran establecimiento de campo a pocos kilómetros de Curuzú Cuatiá.

Mientras su familia -componíase ésta de su mujer y dos hijas solteronas -repartía

su tiempo entre Buenos Aires y Mar del Plata, él distribuía el suyo entre la primera de las ciudades mencionadas y su estancia. Nunca le faltaba en que entretenerse. En la ciudad estaban los amigos, y el Comité, en el cual siempre había algo que hacer. Y en el campo, estaba el cuidado de su establecimiento. Su tosquedad no le impedía ser un hombre de acción. Al contrario, ésta era para él una especie .de válvula de escape por la que se descargaba aquélla. Su ganado gozaba fama de ser uno de los mejores de la provincia. Todos los años adquiría en Palermo un buen número de reproductores, y aunque muchos de ellos morían de tristeza, con los que le restaba proseguía la obra de refinamiento que le permitiría seguir manteniendo el primer puesto. Había dividido su campo -componíase éste de cuatro leguas cuadradas- en tantos potreros, que se lo hubiera podido tomar por un damero. Sus alambrados eran hasta tal punto un lujo de postes y número de hilos de alambre, que ni las mismas liebres hubieran podido pasar por entre ellos. El casco del establecimiento era un caserón antiguo heredado de sus abuelos, pero lo había modernizado gastando en reparaciones más que si lo hubiera construido desde sus cimientos. Las piezas eran grandes y frescas y los anchos corredores que las rodeaban proporcionaban la sombra indispensable para gozar desde ellos el paisaje que se ofrecía a la vista, paisaje en que tan pronto las cuchillas cedían su puesto al monte de espinillos, como éste a la llanura que como emparejada por la naturaleza para que los vientos pudieran transportar sin obstáculos sus silvestres fragancias, se confundía a lo lejos con el horizonte.

Las comidas copiosas del mediodía le demandaban largas siestas, siestas en que el silencio era tan profundo que hubiera podido oírse volar a las moscas. Un muchacho armado de un arreador cuidaba de que nada lo turbara, ahuyentando a los perros y gallinas que con sus ladridos y cacareos a veces solían irrumpir.

Terminada la siesta y mientras tomaba mate, mandaba atar su carruaje, tirado por cuatro briosos alazanes, y repantigado en él, se trasladaba a la ciudad, escoltado por parte de su personal. Entraba al galope porque le gustaba oír que los perros salieran a ladrarle. Desde los almacenes de las esquinas y los puestos de venta que iba dejando atrás, se estiraban los cuellos para verlo pasar. Sentado en la puerta del Club en rueda de amigos, se hablaba de negocios, del precio en alta o baja de las haciendas, de los impuestos elevadísimos que había que pagar, de política, y cuando estos temas, que eran de interés general se agotaban, del último suceso que en la vida social había

conmovido la opinión -la muchacha que se fugó con el novio, el cajero que se alzó con el dinero del Banco-. Ya oscurecido regresaba a su casa y tras una cena copiosa se entregaba al sueño, sueño que nada alteraba -señal de que su salud era perfecta- y que sólo solía interrumpir cuando venía amaneciendo, el canto del yací yateré, atraído desde los espinillares inmediatos por la luz del farol que continuaba prendido bajo los corredores.

El hombre de acción se revelaba cuando abandonada ya la cama y en traje de campo, mandaba llamar al capataz para convenir los trabajos de ese día. Casi siempre se reservaba el control de alguno de ellos -por propia experiencia sabía que el ojo del amo engorda el caballo-. Fue así como cierto día dispuso que frente a la casa y a distancia que su construcción podía ser observada desde ella, se levantara un alambrado divisorio. Mandó al capataz a revisar unas aguadas en el fondo del campo. Él vigilaría desde el corredor el alambrado susodicho. Un peón recientemente tomado, de frente estrecha, ancha cara y párpados tan abultados que apenas dejaban pasar la mirada fue el encargado de realizar el trabajo mencionado. El resto del personal, de acuerdo con órdenes de antemano recibidas, ya se había marchado a recorrer los potreros.

Sentado bajo el corredor, leía, eruptaba el asado que se había servido de desayuno, o cogiendo sus prismáticos enfocaba al peón que bajo un sol de fuego -era más de las once- iba cavando unos tras otros los pozos en los cuales posteriormente serían colocados los postes del alambrado en construcción. Sus movimientos eran lentos y torpes y dejaba transcurrir demasiado tiempo entre palada y palada de tierra.

-Estos tapes -se dijo- son todos iguales: buenos para los trabajos de a caballo, pero inútiles para los de a pie. Bien que en el presente caso existía un atenuante: el intenso calor que reinaba, que ya a las diez de la mañana había hecho subir el termómetro hasta cerca de los 40° y que se hacía sentir con más fuerza por la falta absoluta de viento. Por algo las gallinas ganaban la sombra de los sauces que crecían junto a los galpones.

La pantalla de hoja de palma con que un peoncito le espantaba las moscas, crugía de reseca entre sus dedos. Un baho humoso cubría los campos, en contraste con el brillo violento de la luz al ser reflejada por el agua de un tajamar inmediato, o con sus tonos más atenuados al proyectarse a la distancia en espejismos parecidos a grandes

Librodot

lagunas arboladas, suspendidas entre el cielo y la tierra.

Igarsabal dobló el "Diario de Sesiones" que leía, colocólo sobre una silla, bostezó -como los leones enjaulados que expresan en esa forma su astío- y cogió de nuevo los prismáticos. Con una mirada en círculo abarcó el contorno:

-Todo esto es mío - pensó orgulloso. Pero acordándose de pronto que para algo más que mostrarse orgulloso de lo que tenía, estaba allí, los enfocó en dirección al alambrado cuya construcción vigilaba. En ese momento el peón arrojaba la pala y se encaminaba a un espinillo próximo. Lo vió quitarse la camiseta, y acostarse a su sombra, boca abajo, sin duda para defenderse de la luz. Igarsabal extrajo su reloj y miró la hora: eran las once.

-Es una manera de robarle a uno la plata -pensó-, pues su deber es trabajar hasta las doce.

La rapidez de concepción no era su cualidad sobresaliente, pero esta vez cruzó como un relámpago por su cabeza, la idea de lo que correspondía hacer. Cogió de la percha en la que estaba colgado, su chicote de cabo de plata, recorrió con paso rápido la distancia que lo separaba del caballo que lo esperaba ensillado y montándolo se dirigió al galope al encuentro del peón. Frenó el caballo a escasa distancia de el y descendiendo se le aproximó. Sin duda estaba dormido, pues no hizo el menor movimiento. Se quedó observándolo un buen rato. Contempló después el trabajo a medio hacer y sin poder contenerse por más tiempo, le cruzó la espalda con un latigazo. Como se endereza un arco cuando se corta la cuerda que lo sujeta por los extremos, el peón se irguió de un salto. Y luego, como Igarsabal continuaba acosándolo, se entregó a esa especie de danza -si así puede llamarse al continuo desplazarse- que el paisano opone al que lo ataca armado de cuchillo, logrando en tal forma que la puñalada llegue, cuando ya no se encuentra en ese lugar.

Mientras se atajaba los golpes, trataba de justificarse.

-Ya está bueno, patrón... Dejame ya... Si me dejás voy a ponerme a trabajar otra vez. ¡También con el calor que hace!

Igarsabal se contuvo. El peón, con una humildad que desarmaba, había cogido de nuevo la pala y reanudado su trabajo.

Hubieras podido evitarme este mal rato. Si te pago es para que trabajes y no para que te tumbés a dormir. Sé por el capataz que te ha pagado adelantado el jornal de este

día; pero yo sólo te exijo que trabajes hasta las doce. Te regalo la paga del otro medio día, del cual podés disponer como mejor te parezca, mandándote mudar si crees que eso es lo mejor.

Y como confirmando que estaba dispuesto a cumplir lo que decía si su subordinado no era de su opinión, cruzó el aire de un chicotazo.

El sol derramaba la lluvia invisible de sus rayos, caldeando el aire hasta tornarlo casi irrespirable. Se había levantado un viento cálido que barría las cuchillas, formando remolinos con las briznas de pasto que arrebataba a su paso. El hombre continuaba impertérrito su trabajo. Doblado sobre la pala no se daba reposo. Al chocar ésta con la tierra endurecida y reseca, el golpe resonaba como si la pala fuera un hacha que golpeara el tronco de algún espinillo. Su decisión de terminar cuanto antes la tarea emprendida, se echaba de ver en la rapidez de los movimientos de sus manos y pies, convertidos en una lanzadera; lo que no excluía el despecho que su serio contraído denunciaba.

Sentado bajo el espinillo, donde lo sorprendiera entregado al sueño, Igarsabal, reloj en mano, lo observaba.

-Si hubieras trabajado en esta forma desde el principio -le dijo- cuanto ha que el trabajo estaría terminado. Si lo completas antes del mediodía, te podrás ir lo mismo, pues no hago cuestión del tiempo, sino del trabajo que dentro del que es reglamentario, debes realizar.

-Está bien.

-Está bien, señor - y se levantó a medias, enseñándole el chicote.

-Está bien, señor.

Veinte pozos sumaban en total los que debía cabar esa mañana, de los cuales tenía cabados ya quince, faltando uno para llegar al sitio en que tirado en el pasto se veía su recado. Todo su trabajo no tenía más objeto que ese: alcanzar dicho lugar, porque oculto entre los cojinillos se hallaba su facón, y con un arma en la mano sería otra cosa. Tan pronto como llegó al sitio indicado, cogió el arma y en dos saltos se situó frente a Igarsabal. Éste trató de ponerse de pie, pero antes de que concluyera de levantarse, lo sentó de nuevo de un cintarazo.

Se quedaron mirando.

-No te gusta, jayé. Pero a mí tampoco me gustó lo que hiciste conmigo. ¿O creés

que porque se trata de un revenque duele menos? Duele tanto como el cintarazo que te di. De manera que en eso estamos a mano. Pero en algo más tenemos que igualarnos: tenés que concluir los pozos que faltan. Así sabrás lo que es abrir pozos en una tierra como ésta y bajo un sol que le derrite a uno los sesos.

Dicho lo cual lo cogió de un brazo y lo puso de pie de un tirón. Entregándole la pala prosiguió:

-Ahora a trabajar hasta terminar lo que falta.

Igarsabal no era cobarde, pero en la situación en que se encontraba pensó que lo mejor que podía hacer era obedecer. Se puso pues a trabajar de firme. Pronto se le llenó el rostro de sudor. El chicote, del cual no se desprendía ante el temor de ser atacado de nuevo, cachiporreaba a cada golpe de pala, pendiente de su muñeca. Cada vez que se detenía para tomar aliento, el peón, resbalándole el facón a uno u otro lado de la cara, le decía:

-Seguí, seguí. Así vas a aprender a no abusar de tu autoridá.

Cuando ya no faltaba sino un pozo, arrimó su caballo y se puso a ensillarlo sin prisa. Sólo cuando vió terminado aquél, lo montó y se alejó al tranquito, silbando. Ni una sola vez volvió la cabeza para mirar al hombre a quien tan brutalmente había humillado. No le interesaba ya: había dejado de ser su patrón.